sus ojos en los de su marido, cen una expresión de delicioso estupor; luego cogió una de sus manos y se la besó.

-Te amo mucho, esposo, -le dijo.

—Duerme, duerme, —repitió dulcemente Bernardo, abrazándola.

Y se durmió la digna esposa, como un niño inocente.

El sacrificio tan penoso como meritorio que se había impuesto el señor de Vaudricourt, comprometiéndose á trasladar su residencia fuera de París, había sido apenas un acto de su libre voluntad. Habíasele dictado su corazón, no solamente ante los sufrimientos de su mujer, sino ante la impresión profunda que en su conciencia habían hecho las faltas por él cometidas. Estas faltas revistieron de pronto á sus propios ojos un carácter casi vergonzoso, que había movido todos sus

sentimientos de generosidad y delicadeza. Cuando Alieta, en su delirio, pronunció estas palabras de desesperación:—«no te salvo y me pierdo»,—había comprendido que su digna esposa era demasiado indulgente con él, porque podía haberle dicho con razón:— « Tú me pierdes».

Recordaba confusamente el baile y la cena en el pabellón Enrique IV, aquellas escenas de verdadera orgía que las circunstancias habían producido, y las que, después de todo, había obligado á su mujer á presenciar. Para un hombre como Bernardo de Vaudricourt, moralista muy tolerante, pero firme hasta el escrúpulo en ciertos principios de honor, si habia en el mundo alguna cosa absoluta y particularmente infamante, era el hecho de un marido que deprava y envilece á su mujer, y lo que exasperaba su orgullo era la idea de que le pudiera atribuir tan baja infamia una criatura tan honrada y tan noble como Alieta. Así, pues, por un impulso de piedad generosa y por un movimiento de su pundonor, decidióse, casi sin reflexión, á secar las lágrimas y á recobrar la estimación de su mujer, sacrificándole todos sus gustos personales y las costumbres de toda su vida.

Por supuesto, que había de arrepentirse de tan grave y súbita resolución; pero aun así, era honrosa para quien había sido capaz de adoptarla y mantenerla bajo la inspiración de elevados y dignos sentimientos. Probaba una vez más, por muchos conceptos, que Alieta y su marido eran dignos uno de otro, aunque desgraciados él y ella, ella por él y él por ella. Haremos observar con este motivo que si la historia de los esposos Vaudricourt hubiera sido solamente la historia banal de un matrimonio mal avenido, entre una mujer inteligente y piadosa y un hombre vulgar, no hubiese excitado nuestra atención, y no la hubiéramos creido digna de merecer la del público....

Pero la unión de dos seres de grandes condiciones de carácter perfectamente acordes, y á quienes unen todas las cualidades y sólo separa la cuestión de fe, nos ha parecido que ofrece en el desarrollo de sus consecuencias un estudio de algún interés, si no de alguna utilidad.

Bernardo, dos años después de su matrimonio, había venido á ser, por muerte de su tío, conde de Vaudricourt, y realizado una herencia considerable. Era, pues, en la época á que hemos llegado, dueño de una gran fortuna, que le hubiera permitido, fijando su principal residencia fuera de París, conservar su hotel del parque Monceau. Pero esta especie de reselución á medias, pareciendo reservarse para el porvenir, podía inquietar á su mujer, y no hubiera dejado de ofrecer dificultades incómodas en la práctica. Puso en venta el hotel, queriendo hacer el sacrificio completo y cortar de raíz sus relaciones con París.

Situado en un sitio predilecto de los parisienses, no podía menos de encontrar pronto comprador. Bernardo se entendió perfectamente con su mujer para preferir ála residencia en alguna ciudadde provincia, una definitiva instalación en el campo. Con el mismo perfecto acuerdo (fácilmente se creerá que Alieta no ponía obstáculos), se convino que Bernardo, cuando viniera á pasar en París un día ó dos, se alojaría en su Círculo, y cuando viniera con ella, se alojarían en un hotel, á fin de poder disfrutar de París con entera libertad.

No podía pensarse en irá establecerse en La Saviniere, que Bernardo había arrendado á personas extrañas después de la muerte de su tío, y que, además, por la distancia, se hallaba en iguales condiciones de exclusión que Varaville. Después de prolijas investigaciones en un radio de veinte ó treinta leguas alrededor de París, el notario del señor de

Vaudricourt descubrió, más allá de Fontainebleau; en la región de Nemours y de Gien, una bella finca, que llevaba el nombre de un distrito vecino, Valmoutiers, y que parecía reunir bastantes ventajas para la preferencia de los esposos. La distancia de París era suficiente para no temer allí la invasión de París y para no estar tampoco demasiado lejos. Había buenos sitios de caza en el país, y la finca estaba rodeada de extensos bosques. La finca era un castillo de noble construcción, estilo Luís XIII, con un patio de honor de gran apariencia y soberbios salones. El último propietario, gran aficionado á caballos como el señor de Vaudricourt, había instalado la caballeriza con el mayor lujo, y al mismo tiempo había cuidado con gran celo en los alrededores hermosas praderas, propias para la cría de sus animales preferidos. Bernardo vió con gusto estas particularidades, que le prometían distracciones muy de su

gusto en aquella tierra de destierro.

Mientras se hacían en Valmoutiers las reparaciones y arreglos necesarios, Alieta iba á pasar algunas semanas con su familia en Varaville, como lo hacía todos los veranos, y su marido, siguiendo su costumbre, iba también algunos días. Siempre era bien recibido. Su exquisita cortesía y su correcta actitud, á pesar del profundo disentimiento en religión, habían vencido todas las prevenciones y conquistado todos los corazones, hasta el de la señorita de Varaville, la anciana tía de Alieta, á quien Bernardo, en otro tiempo, había tratado tan cruel é injustamente en su diario. Nuestros lectores conocen ya muy bien el carácter de Alieta, y comprenderán que una persona de tan elevados sentimientos habría ocultado cuidadosamente á su familia el secreto de las pruebas dolorosísimas que había sufrido desde que se verificó su matrimonio. Por otra parte, había dicho

perfecta verdad repitiendo que su marido era bueno, solicito, respetuoso, generoso; puede ser que no hubiera sido tan perfecto en lo tocante á fidelidad; pero ella lo ignoraba. En cuanto á la diferencia de sus creencias religiosas, causa verdadera de todos sus disgustos interiores, tenía Alieta bastante juicio y bastante altivez para quejarse, después de haberla aceptado casi contra la voluntad de su familia. Mons. de Courteheuse era el único que había recibido algunas de sus confidencias sobre ese punto; no le había disimulado el malestar profundo que sentía en París, en un medio moral tan perturbador y tan inferior al en que había sido educada; y en lo relativo á la conversión de su marido, le había dejado entrever sus decepciones y sus desalientos. Pero el excelente Prelado, que todos los años se encontraba con Bernardo en Varaville, conservaba, sin embargo, para el hijo pródigo un fondo de predilección, y se contentaba con llamarle mala cabeza. No desesperaba, pues, del porvenir,
y desesperó menos cuando supo el sacrificio que hacía en obsequio á su mujer,
renunciando á la residencia en París:
vió en esto, como toda la familia de
Alieta, no solamente un rasgo de abnegación conyugal, sino al mismo tiempo,
en un orden de ideas superior, un síntoma precioso y un indicio precursor de
mucha importancia. ¿Qué efectos no podrían esperarse en lo sucesivo de la influencia de Alieta, que parecía ejercer ya
sobre el ánimo de su marido un imperio
tan predominante?

Hacia fines de Setiembre del mismo año, los condes de Vaudricourt se instalaron definitivamente en su castillo de Valmoutiers. Era la época de la caza, y esta
una feliz circunstancia, porque debía amenizar á Bernardo los primeros tiempos de
la transición entre su vida antigua y su
nueva residencia. En cuanto á Alieta,

excusado es decir que los primeros días fueron para ella días de pura felicidad. Allí respiraba libremente; le parecía que había entrado en el puerto después de una larga travesía erizada de peligros, de alarmas y de temores. Sentíase, con un delicioso consuelo, dueña de sí misma y de su hija, y al mismo tiempo en posesión absoluta de su marido. Nunca le había amado tanto, y se consagró por completo á complacerle. Paseaba con él á caballo casi tedos los días, y hacían largos reconocimientos por aquel país, nuevo para ellos. Aprendió á manejar la escopeta para acompañarle á las cacerías. Pero no fué mucha su habilidad en este ejercicio, porque era muy nerviosa y muy sensible, y le inspiraban profunda lástima los animalitos que caían bajo el plomo de las armas. Invitó á algunos companeros de caza, elegidos entre los amigos que tenía en París su marido, y entre algunos conocimientos de las fineas ve-

cinas. Se esforzó en aclimatarle dulcemente á los aires del campo, y en no hacerle sentir la pesadumbre de la soledad, reservándose con secretas palpitaciones de placer para las conferencias íntimas de las largas noches de invierno, cuando la nieve cayera sobre los campos.

El señor de Vaudricourt, á quien las largas noches de invierno ofrecían quizá una perspectiva menos halagüeña, gozaba en tanto del presente, porque, en verdad, su vida no se diferenciaba mucho de la de todos los años en la misma época. Solamente había una novedad; hasta entonces había cazado en propiedad ajena, y era la primera vez que cazaba en sus dominios, y por primera vez también los cuidados de propietario amargaban sus placeres de cazador. Vivía temeroso de los cazadores furtivos que sitiaban su propiedad. Día y noche estimulaba el celo de sus dos guardas, y su ira contra esa raza impia era tan pronunciada, que

contrastaba singularmente con su indiferencia en todos los demás asuntos, y divertía mucho á Alieta.

Una mañana, paseándose con su fusil y su perro por el bosque, sonó un tiro á muy poca distancia, y una liebre vino á caer entre las hojas secas, saliendo del matorral. Al mismo tiempo, un personaje de una fisonomía muy particular, franqueaba de un salto la pequeña distancia que separaba el monte del llano, y se presentaba de repente ante el señor de Vaudricourt, á cuyos pies se hallaba el animalillo muerto.

—Perdone V., caballero (dijo el nuevo personaje): esta liebre ha venido á caer en la propiedad de V., pero yo la he tirado desde allí, y creo que me pertenece.

El Conde no contestó inmediatamente á esta intimación, porque le embargaba, no sólo la indignación, sino también la sorpresa; el personaje que se acababa de presentar era una mujer como de unos veinte años, y singularmente hermosa; llevaba un traje de caza sumamente sencillo; una especie de blusa corta de tela de lana obscura, ancho calzón de igual tela, botas de gamuza hasta las rodillas, y un ligero sombrero tirolés.

—Señora (contestó el Conde); en principio, la cuestión podía ser dudosa, pero presentada por V., está resuelta.... Tome V. su liebre.

Tomó de las manos del Conde la liebre, le saludó con un ligero movimiento de cabeza, y fué á salir del monte.

En el mismo instante el perro del Conde, un poco inquieto por el incidente de la liebre, levantó torpemente una banda de una veintena de perdices. El señor de Vaudricourt armó su escopeta y descargó los dos tiros. Pero estaba distraído, y aunque las perdices estaban á tiro, no cayó ninguna.

La joven, que se había detenido un momento para juzgar de la habilidad del Conde, dijo sencillamente con su voz grave y armoniosa:

-¡Erró el tiro!

Y luego, saltando ágilmente la ligera escarpa para bajar al camino, se alejó.

El conde de Vaudricourt la siguió con airada mirada, hasta que hubo desaparecido, murmurando entre dientes:

-¿ Quién es esa original?

Y volvió á cargar el arma, y continuó su paseo, muy pensativo.

Á los pocos minutos encontró á uno de los guardas, y se detuvo á hablar con él.

—Cúbrase V., Lebuteux; cúbrase V., hombre. Dígame V.: ¿ quién es una señora, vestida de hombre, que caza por estas inmediaciones, y que acaba de matarme una de mis liebres en mis barbas mismas, y ha tenido el aplomo de venir á reclamarla con la mayor frescura?

-¡Ah, señor Conde! (contestó el guarda con esa triste sonrisa de los soldados viejos.) Debe ser la señorita de La Saulaye...; la señorita Sabina; esa, esa.

—¡Ah!¡Es una señorita! (repuso el Conde.) Entonces es la señorita que habita La Saulaye con ese sabio, con ese médico viejo. ¿No es verdad?

—No es tan viejo (observó el guarda). Pero siempre está allá, encerrado con sus libros; él no es cazador....; pero la señorita esa, todos los días; tiene mucha afición, y no hay que hablarle de tuyo ni mío.... Es como todas las mujeres; lo que se le pone en la cabeza, y nada más.... Siempre está por aquí...., y no tiene reparo en seguir la caza aquí dentro, pelo ó pluma, muerta ó viva, en la propiedad de mi señor.

—; Y me lo dice V. tan tranquilamente?.... Eso es intolerable. Es preciso levantar proceso verbal cuando se la sorprenda....

—Eso, si el señor Conde lo manda, se hará naturalmente...; pero esos seño-

169

res de La Saulaye, ya lo sabe el señor Conde, son personas á quienes no gusta molestar.

OCTAVIO FEUILLET.

-¿ Por qué? ¿ Son acaso brujos?

—No, señor Conde; y si no fuera por ese vicio que tiene la señorita Sabina de cazar en vedado, se podría decir que son personas que hacen mucho bien en el país.

—Sí, sí, es posible; pero con eso y todo, que no vuelva por aquí la tal señorita Sabina. Y adiós, Lebuteux, adiós; y no hay que ser flojo en el cumplimiento de la obligación.

Y el señor de Vaudricourt prosiguió su camino con aire amenazador. Pero no había dado muchos pasos, y ya á la cólera habían sucedido ideas menos violentas, como lo probaba esta observación que se dirigía á sí mismo:

—; Y es soberbia esa mujer!.... Es rudamente insolente; pero bien formada y hermosa como ella sola.

En el almuerzo refirió alegremente á su mujer y á sus convidados la aventura poco gloriosa de su encuentro con la señorita de La Saulaye.

—¡La Saulaye! (exclamó Alieta.) ¿No es esa casa triste que se ve á la izquierda, en el camino de Cormiers, con grandes sauces que caen sobre un estanque de agua casi negra?

—Eso es (dijo el Conde). La hemos notado al mismo tiempo el otro día. Es una especie de casa inglesa, que tiene un aspecto un poco siniestro en verdad, y ese aspecto tétrico se le dan esos grandes sauces.... ¿ Y quién es quien vive en esa casa?

Había entre los convidados tres ó cuatro habitantes del país, que respondieron en términos bastante equívocos. Parecía que los habitantes de La Saulaye eran generalmente mal vistos por la aristocracia de las inmediaciones. El propietario de La Saulaye era un médico,

llamado Tallevaut, que hacía tiempo había recogido en su casa una parienta pobre, una anciana tía enferma, con su hija, de quien era tutor. Había ejercido la medicina en París; y después, habiendo heredado una buena fortuna, renunció á su clientela, ya bastante numerosa, y se había retirado al campo, para satisfacer en completa libertad sus aficiones y consagrarse exclusivamente á la ciencia pura. Absorbido en sus estudios y avaro de su tiempo, no admitía en consulta ni visitaba más que á los más pobres de la comarca, y negaba su asistencia enérgicamente á todos los que tenían medios de pagar al médico. Así había disgustado á muchas personas, venidas á las veces de muy lejos, atraídas por la reputación de ciencia y de habilidad práctica que se había conquistado el médico, y á quienes despedía invariablemente, negándose á oirlas el menor detalle de sus padecimientos. Los tratados de esta suerte hablaban pestes de él. Sin embargo, no podían negar su mérito, reconocido por el Instituto con un título de correspondiente por sus trabajos científicos. Pero sus doctrinas conocidas de libre pensador, su vida privada un poco misteriosa, la belleza espléndida de su pupila, la educación excéntrica que le daba, todo esto era objeto de comentarios poco favorables, especialmente en las fincas de la vecindad.

Aunque en los días siguientes el Conde multiplicaba sus excursiones por los límites de sus propiedades, no tuvo la suerte de ver otra vez los ojos negros, enérgicos y fríos de la señorita de Tallevaut. Quizá la arriscada cazadora había recibido del guarda Lebuteux algún secreto aviso de las severas disposiciones del Conde, y no se atrevía á arrostrar las prosaicas consecuencias de un proceso verbal; acaso, como sucedía frecuentemente, la tenía ocupada gravemente su

sabio tutor, que le había enseñado á servirle de secretaria en su gabinete ó de preparadora en su laboratorio. Porque los experimentos de química y física eran para ellos, no sólo un trabajo necesario, sino una distracción. Durante el resto de la estación, la señorita Tallevaut fué invisible para su vecino. Una sola vez, pasando á caballo, por la tarde, con Alieta, por delante de La Saulaye, el Conde ereyó ver á su hermosa enemiga atravesar como una sombra el jardín de la finea. Alieta, por su parte, participaba de la curiosidad de su marido respecto de los vecinos de La Saulaye. La especie de misterio en que estaba envuelta aquella casa solitaria y silenciosa interesaba en gran manera su fantástica imaginación. La llamaban la casa del alquimista. Era un gran pabellón, construído de ladrillos, precedido y rodeado de grupos de árboles, de parterres y cuadros de musgo, todo bastante mal cuidado, y

abandonado al poco gusto de algún jardinero del campo. Desde que los sauces que rodeaban el estanque habían perdido sus hojas, la habitación parecía menos sombría; pero siempre conservaba su aspecto duro y siniestro, y el estanque, dentro del que se pudrian las hojas caídas, presentaba siempre la misma superficie negra.

Después de haberse hecho esperar un poco, vino al fin el invierno, áspero y duro. Los convidados más complacientes se habían vuelto á París y dejado en su nido, al lado de la chimenea, á los condes de Vaudricourt. Los caminos, cubiertos de nieve, habían interrumpido las pocas relaciones de la vecindad. Las intemperies de la estación hacían la caza casi imposible. Faltaba, pues, toda distracción, y había que armarse de paciencia. Bernardo, que ya había previsto esta prueba, hacía todo lo posible paradominar la con heroismo. Salía por la mañana á

encontrar al cartero en la avenida que conducía á la entrada de la casa, y así recibía más pronto los periódicos, que leía luego largamente. Se ocupaba con gran actividad en visitar sus caballos y su caballeriza y su magnifico guadarnés. Descifraba, acompañado de su mujer, algunas partituras en el piano, había vuelto á pintar alguna acuarela, estudio que antes cultivó mucho, y daba lecciones á Alieta. Por la noche leían juntos algunos antiguos autores favoritos, memorias curiosas, algunos poetas modernos, los grandes críticos y novelas inglesas. Era una vida dulcísima para Alieta, á quien su correo, los cuidados de su casa, la educación de su hija, y, en fin, sus prácticas piadosas, no dejaban un minuto en que poder aburrirse. Tenía, además, la afición del campo, y las escenas de la naturaleza le ofrecían, aun durante el invierno, un interés poético. Pero en medio de su felicidad tenía una constante preocupación. ¿Su marido era tan dichoso como ella? Á pesar de que el Conde sabía aparentar muy bien la mayor satisfacción, la Condesa sorprendía muchas veces en su fisonomía y hasta en su lenguaje señales de impaciencia y de amargura.

Lo cierto era que se fastidiaba mortalmente. Disimulaba cuanto podía en presencia de su mujer; pero cuando se encerraba en su despacho, fumaba cigarros, uno tras otro, sin cesar, procurando matar así la negra melancolía que le devoraba. Paseábase por la habitación, y de pronto se detenía delante de la ventana. contemplando la obscuridad profunda de los campos y los montes, oyendo el zumbido del viento que parecía gemir entre los árboles y que formaba un ruído así como el de la marejada lejana, y su pensamiento volaba á su querido boulevard, que en aquellos momentos estaría resplandecieute como una vía láctea; veía los peristilos iluminados de los teatros,

177

la multitud animada que se agrupaba delante de los escaparates de los grandes almacenes, la vida rebosando en todas partes; creía aspirar el olor especial del boulevard, de noche, el gas, el tabaco, la cocina subterránea y el delicioso aroma de las tiendas de flores; respiraba en la atmósfera particular de los salones del Círculo, del interior de los escenarios, de los vestuarios de las artistas, los efluvios de los coliseos á la salida del espectáculo, los fuertes olores de los abrigos de pieles riquísimas, de las pelisas bordadas de oro y de los hombros desnudos. Todas estas sensualidades más ó menos puras en que se deleita la elegancia parisiense, adquirían en la imaginación del Conde, en medio de la soledad y del silencio del campo, un poderosísimo atractivo y enardecian su sentimiento.

En este punto daba el Conde en un error singular muy común; se figuraba que París era una necesidad para su inteligencia, euando lo era sólo para sus sentidos. Era hombre de talento, y había sido hombre de estudio hasta el día en que el escepticismo absoluto no le había dejado más que la pasión del placer. A pesar de todo, como la mayor parte de los parisienses desterrados en provincia, se enorgullecía de su distinción: cuando creía echar de menos la gran vida intelectual de París, realmente sólo echaba de menos la distracción fácil, las voluptuosidades, el aturdimiento mundano, y sobre todo el especialísimo perfume femenino.

Alieta, que adivinaba, y no se equivocaba ciertamente, lo que pasaba en el ánimo de su marido, se armó una noche de valor, y le dijo, poniéndole graciosamente sus dos manitas sobre los hombros:

—¿Sabes, Bernardo, lo que tienes que hacer? Pues tienes que ir á pasar ocho ó diez días en París.

— Pero, si estoy aquí muy bien, — contestó el Conde con cierta confusión.

—Pues por eso (repuso la amabilísima Condesa). No quiero que llegues á cansarte de tu felicidad.... Además, tengo muchísimos encargos que hacerte. Necesito primeramente, un gran abanico para la chimenea del salón rojo, un péndulo para el comedor, una mampara Luís XIV....; Luís XIV, ¿oyes?; es decir, que ha de estar cubierta de antigua y hermosa tapicería, para la biblioteca, y otras muchas cosas, cuya lista te entregaré mañana.

-Mejor harías (dijo el Conde) en acompañarme á París, donde todo lo que deseas comprar lo elegirías tú misma.

-No, no; tu gusto es mejor que el mío. Yo iré á pasar seis semanas en París después de la Pascua; pero hasta entonces, serás tú solito quien haga mis encargos. Este es el programa que tengo en mi cabeza, en esta cabeza de niña

mimada,—añadió, dándose palmadas en aquella cabecita rubia encantadora.

El señor de Vaudricourt besó la frente y los dedos de su mujer, y afectando el aire de un hombre un poco contrariado, pero que se resigna, no hizo más objeciones.

Al día siguiente, una hermosa y helada mañana de invierno, emprendía el camino con secreta alegría, y tres ó cuatro horas más tarde se hallaba paseando por el asfalto sagrado que se extiende desde la calle Vivienne hasta el boulevard de la Magdalena.

Dos días después iba á ponerse á almorzar en su Círculo, cerca de su ventana favorita, recorriendo, mientras le servían, los periódicos de la mañana.

—¡ Por vida mía! (pensaba el Conde): esta existencia me parece que al fin la he de encontrar muy soportable.... Ocho ó diez días en París cada mes, bastan para impedir á un hombre convertirse en salvaje.... ó, por lo menos, digno de usar almadreñas.... ¿ Qué hay, Carlos? ¿ Un parte?

—Sí, señor Conde,—respondió el criado, presentando el parte en una bandeja.

El Conde cogió el telegrama, y le abrió. Leyó lo siguiente:

«Juana, muy gravemente enferma.

ALIETA.

—¡Vamos! (exclamó)....¡Natural—mente!

Y haciendo un movimiento de ira, gritó al criado:

—¡Carlos, deme V. un *Indicador!* El criado trajo el *Indicador*, que el Conde empezó febrilmente á consultar.

—Diga V. á Pedro (añadió, después de un momento) que nos vamos en el tren de las tres; que lo prepare todo.

-Bien, señor Conde.

Á las tres, el señor de Vaudricourt se reunía con su ayuda de cámara en la estación de Lyon.

181

— Ha recibido el señor Conde malas noticias?—preguntó Pedro respetuosamente.

-Mi hija está enferma.

Y montó en el vagón.

—Pues, señor, esto es sabido (pensaba una vez montado en el vagón); siem—pre que esté yo dos días ausente, Juana se pondrá enferma.... ó se pondrá enferma otra:... Siempre estaré pendiente de los hilos telegráficos. ¡ Esto es delicioso!

Y así fué pensando durante la mayor parte del viaje, con la misma irritación y la misma injusticia.... Solamente al acercarse á Valmoutiers su cólera se fué calmando, y comenzó á sentir cierta inquietud. Pensaba, un poco tarde, es verdad, que Alieta no era mujer capaz de cambiar caprichosamente de voluntad de un día á otro, y que era todavía menos

Un coupé le esperaba en la estación de Valmoutiers, pues su propiedad estaba á algunos kilómetros. Al punto notó que la fisonomía de su antiguo cochero no tenía el aspecto de impasibilidad ordinaria.

— Y bien (le preguntó el Conde); ¿ cómo está mi hija?

—Señor Conde, la señorita no está buena.

-Pues já escape!

V.

La noche misma del día en que su padre partió para París, Juana, que era entonces una donosa é inteligente niña de seis á siete años, había sentido opresión en la garganta, acompañada de algunos estremecimientos y de bastante postración. Se creyó al principio que sería un poco de reuma ó una ligera inflamación de las amígdalas. Pero más avanzada la noche, se declaró una violenta fiebre, y la niña, que no dormía, se quejaba de grandes dolores de cabeza. El